

MITOS RACISTAS



Cuando era un niño, me explicaron que la Argentina tenía algo realmente lindo: aquí no hay racismo. En cambio, en todos los países donde hay población afrodescendiente o indígena, lamentablemente hay mucha discriminación. Como aquí no hay "ni negros ni indios" (esta afirmación se realizaba en un tono descriptivo, casi científico), no tenemos racismo (esta segunda parte ya era en un tono celebratorio, más bien patrioterico). Esas lecciones sobre *quiénes somos* —pude darme cuenta muchos años más tarde— son lecciones sobre *cómo mirar* y *cómo ver* los cuerpos argentinos.

Al establecer ese mito como criterio básico de clasificación, pueden ocurrir sólo dos cosas. En los sectores medios y altos, cuando es evidente que una persona es *argentina*, necesariamente se la ve como blanca. Si de hecho tiene rasgos africanos o indígenas, se tornan invisibles, son *blanqueados*, en virtud de que *todos los argentinos son blancos*. En cambio, al menos en el pasado, si una persona presentaba rasgos "desviados" de ese parámetro y no pertenecía a los "descendientes de los barcos", se suponía que no era argentino. Esto último se constató con claridad cuando la llegada masiva a Buenos Aires de población proveniente de sectores del país virtualmente desconocidos para los porteños fue considerada un "aluvión zoológico". También cuando, el 17 de octubre de 1945, muchos políticos que pretendían representar a la clase obrera quedaron anonadados y espantados ante esa masa que recorría las calles de la ciudad. Algunos escribieron que no tenían noticias previas de la existencia de esa gente, y muchos continuaron haciendo política como si aquellos "cabecitas negras" no fueran argentinos.

Los argentinos se convencieron a sí mismos de que no había indios por estas tierras, pero además lograron convencer al mundo. Así, ninguno de los antropólogos famosos que investigaban esos pueblos planificó una visita seria a este país austral. Incluso hace

pocos años, una líder de un movimiento de afrodescendientes quiso viajar a un congreso de lucha contra la discriminación y fue detenida en Ezeiza: su pasaporte fue considerado evidentemente falso, ya que su piel era color café y no hay argentinos negros. Otra mujer, de origen salteño, ahorró durante años para viajar a México, y en ese caso fueron los agentes mexicanos los que le prohibieron la entrada al país por sus rasgos indígenas, que para ellos demostraban también la falsificación de los documentos.

Ningún país puede pensarse y proyectar su futuro sin entender quiénes son sus habitantes y sus ciudadanos. Quiénes somos los que deberíamos ser iguales, los que votamos, los que tenemos plenos derechos según las leyes. Por ello, es imprescindible abordar y derribar toda esa mitología.

En la Argentina no hay racismo (porque no hay negros)

Algo bueno de la Argentina es que aquí nunca hubo racismo como en otras partes del mundo. Somos muy tolerantes y abiertos a poblaciones de diferentes procedencias y colores. Seguramente, la ausencia de negros ha contribuido a la falta de racismo.

El racismo tiene su modalidad argentina: la frase "en la Argentina no hay racismo", seguida por otra que afirma que "aquí no hay negros". Se trata de un comentario racista grave, porque es evidente que el hecho de no convivir con la diferencia no exime a una cultura de ser racista. Muchas veces podemos percibir un dejo de orgullo cuando se afirma "acá no hay negros", afirmación que por otra parte es falsa (véase en la siguiente página "Un país 'sin negros'...").

Este mito está ligado al de la tolerancia, que postula a la Argentina como un país donde las diferencias (aunque habría que agregar "entre blancos") estarían permitidas. Pero en realidad, lo que han demostrado investigaciones como la de Rita Segato es que la aplandadora cultural argentina se edificó sobre la base del pánico a la diversidad.

A la hora de evaluar el tema del racismo en la Argentina, es necesario tener en cuenta dos aspectos. En un plano normativo y legal, en efecto, no hay racismo. De hecho, en ese nivel ha habido importantes avances jurídicos, institucionales y políticos. El más notable es la creación del INADI (Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo), pero también la creciente institucionalización de la suspensión de espectáculos deportivos en los cuales haya cánticos discriminatorios.

El otro plano es bastante evidente. Si es necesario, una y otra vez, suspender partidos por los cánticos que sólo cesan ante la posibilidad de la cancelación del evento, es porque de hecho sí hay un fuerte racismo coloquial, social e informal en la sociedad argentina. Una parte decisiva del imaginario acerca de quiénes somos se ha constituido desde el siglo XIX sobre la base de ideas profundamente racistas, muy arraigadas en la sociedad y la cultura.

Entre el antirracismo legal y el racismo social hay toda una gama de grises. No es habitual encontrar expresiones abiertamente racistas en la prensa gráfica tradicional. La mayoría de los medios intentan evitar este tipo de declaraciones para mantenerse dentro de los límites de lo políticamente correcto. Cuando se pasa a los medios audiovisuales, el gris se torna más oscuro, y en los casos en que esa vigilancia falla aparecen frases como "murieron tres personas y un boliviano", como informó hace unos años Crónica TV. Pero donde esto resulta evidente en todo momento es en Internet, como ha señalado Alejandro Frigerio. Aquel que quiera comprobarlo no tiene más que buscar "negro cabeza" en la Web.

En la Argentina no sólo hay racismo, sino que se trata de una variante muy especial: es virulento y se pretende invisible. La primera de las expresiones racistas es "no hay negros". Después viene toda una serie contra los "negros de mierda" y los "negros de alma".

Un país "sin negros" donde la mitad es "cabecita negra"

Aunque en la Argentina hubo africanos traídos como esclavos, no quedó rastro de ellos; en su lugar, nosotros tenemos a los cabecitas negras.

"Cabecita negra" fue la manera despectiva con que se estigmatizó, en "un país sin negros", a la población trabajadora con alguna ascendencia indígena que llegaba a la ciudad en los años treinta. Es decir, cualquier diferenciación por origen nacional o por especificidad étnica tendía a disolverse en una identificación de clase que los englobaba. Los pobres eran "negros" aunque no tuvieran ascen-

dencia africana. ¿Significa esto que la igualdad en el plano cultural fue realmente asumida por la población y excluyó las operaciones racistas? No, significa —como señala Claudia Briones— que las operaciones racistas en la Argentina "no admiten fáciles equivalencias con construcciones de negritud propias de otros contextos". Es el caso del "cabecita negra". Cuando en los años treinta, con el inicio de la industrialización sustitutiva de importaciones, se inicia un gran proceso de migración desde las zonas rurales hacia las urbanas y desde las provincias hacia Buenos Aires, surge esta fórmula estigmatizadora con la cual las clases altas y medias de las ciudades aluden a la masa migratoria. Como señalamos, "negro" no se asocia necesariamente en la Argentina a ciertos rasgos fenotípicos africanos, sino que, a la vez que se afirma que "es un país sin negros" en ese sentido, también tiende a considerarse en el lenguaje ordinario a los "pobres" como "negros" o "cabecitas negras".

Esta es una operación racista, donde la distinción social y la cultural están entremezcladas. La peculiaridad del caso argentino consiste justamente en que ese racismo resultó durante largas décadas funcional a una maniobra política, como hace tiempo mostró Hugo Ratier. Los obreros-morenos-provincianos se sintetizan en una identidad política: el peronismo. En "cabecita negra", como señala el autor, estaba "el matiz político que puso sal en el enfrentamiento cuasi racista de porteños y provincianos: ser 'negro' era ser peronista, y viceversa". La forma del conflicto social en la Argentina, organizado sobre la invisibilización de la diversidad interna, tuvo características marcadamente políticas.

Así que "no hay negros", pero cerca de la mitad de la población recibe esa denominación por ser morena, mestiza, simplemente pobre, o por ser dirigentes sociales o sindicales. Por lo demás, agrego un dato: el 4% de la población argentina tiene ascendencia afro. Esto es casi 1 de cada 20. Si aprendiéramos a mirar sin blanquear, los veríamos. Están alrededor nuestro, son nuestros amigos o quizá nosotros mismos. Los "negros" no son los que venden mazamorra en los actos escolares, son parte de este país, junto a otros invisibilizados. Algunos afrodescendientes son choznos de los esclavos del siglo XIX. Otros son caboverdianos e hijos de caboverdianos. Y hoy hay inmigración desde diferentes países. Hay afrodescendientes en la Argentina. Son menos que en Brasil, por supuesto. Pero no son pocos. O sea, tenemos dos

opciones. La primera: no somos Europa. La segunda: Europa no es exclusivamente blanca. Con mayor precisión: ambas cosas son adecuadas.

Un país sin indios

No quedaron indios por aquí. ¡Pobres!, a pesar del valor que representan en nuestro patrimonio histórico, no tuvieron lugar en la Argentina que intentaba modernizarse.

La Argentina tiene, proporcionalmente, más personas que se consideran "indios" que Brasil.¹ Por lo tanto, el hecho de que los argentinos creen que viven en un país sin indios no puede adjudicarse a motivos demográficos. Sucede que aunque la Argentina nunca fue un país culturalmente homogéneo, su diversidad cultural estaba invisibilizada en la vida social. Eso marcaba a fuego el régimen de identificaciones políticas, obstruyendo toda diferenciación étnica. Del mismo modo, la falta de visibilidad de los inmigrantes de países limítrofes tampoco puede ser adjudicada sólo a motivos demográficos ya que, desde 1869, en todos los censos nacionales representan entre el 2 y el 3% de la población. Por lo tanto, es imprescindible buscar las razones en procesos histórico-sociales.

Daniel Corach, profesor de la UBA e investigador del Conicet, condujo un estudio que mostró que más de la mitad de los argentinos (según su estudio, el 56%) tiene algún antepasado indígena. Esto significa que la mitad de la población tiene ascendencia

¹ La población indígena en Brasil se estimaba en los años noventa entre 236 000 y 300 000, representando menos del 0,2% de la población del país, según afirma Alcida Ramos. En la Argentina, los cálculos variaban entre 250 000 y 450 000, representando entre el 0,7 y el 1,2% de la población del país, tal como sostiene Héctor Vázquez. Ambas cifras aumentaron significativamente en los nuevos censos; según estimaciones preliminares se habrían triplicado. A pesar de esto, mientras lo indígena es excluido del relato nacional argentino, constituye en Brasil, según Ramos, "un poderoso símbolo de la nacionalidad".

parcial o totalmente indígena. Estudios de este tipo pueden ser utilizados para fines diversos. Las identidades de las personas y los grupos son construcciones históricas y sociales. Que un país que podría haber utilizado categorías como la de mestizo, o que podría haber reconocido un amplio pasado indígena o de mezcla —como estos estudios de ADN vienen a reafirmar— haya optado por construir un elaborado mito según el cual somos un enclave europeo implicó un blanqueamiento compulsivo que excluyó del marco de la nación a todos aquellos que no fueran reductibles a ese proceso.

Para demostrar que no había negros en la Argentina a fines del siglo XIX, podría apelarse a los censos nacionales. En realidad, esto supondría combatir un mito con otro, el de la creencia en que todos los censos constituyen "verdaderas radiografías de la Argentina". En un estudio riguroso, Hernán Otero demostró que la forma en que se concretaron los censos condujo a "la exaltación del rol jugado por los inmigrantes y a la licuación de la presencia de indios y negros". O sea, la forma de medir contribuía a confirmar la idea de "crisol de razas", que terminaría por invisibilizar los aportes negros e indígenas a dicha población. Otero plantea, también en *Estadística y nación*, que la estadística argentina invisibilizó las raíces negras e indígenas de la población y contribuyó a la formación de mitos como el que reza que "en la Argentina no hay negros porque todos murieron en las guerras de independencia".

La nueva inmigración es boliviana y paraguaya

Italianos, españoles y otros inmigrantes europeos poblaron hace mucho tiempo estas tierras. Pero ya no vienen más por estos lares, que se van llenando de una nueva inmigración de bolivianos y paraguayos.

Durante los años noventa, el gobierno argentino y los medios de comunicación anunciaron en diferentes oportunidades que estaba llegando a la Argentina una nueva oleada de inmigrantes. Aunque ya pocos lo recuerden, para el gobierno era una demostración de

que la Argentina había ingresado al Primer Mundo. Alemania tenía inmigrantes turcos; los Estados Unidos, mexicanos, y la Argentina, bolivianos. A la vez, el gobierno anunciaba que los crecientes problemas de desocupación y la extendida sensación de inseguridad eran consecuencia de esa inmigración.

Los datos sociodemográficos, sin embargo, indican que no hubo un salto cualitativo de la cantidad de inmigrantes y descartan de plano que la inmigración fuera causante del desempleo y la inseguridad. Hubo cambios, pero no se refieren en particular a un incremento en la cantidad de inmigrantes. Estos son los porcentajes de población limítrofe en la Argentina, según los censos nacionales.

Año	Porcentaje de nacidos en países limítrofes (%)
1869	2,4
1893	2,9
1914	2,6
1947	2,0
1960	2,3
1970	2,3
1980	2,7
1991	2,5
2001	2,5
2010	3,1

Fuente: INDEC, Censos Nacionales de Población, 1869-2010.

Estos datos son muy relevantes para debatir si la desocupación, como se afirmaba, era o no provocada por el proceso migratorio. Las dimensiones de la primera superaban ampliamente las del segundo. En 1991, los inmigrantes limítrofes no alcanzaban el 3% de la población argentina, mientras que el índice de desocupación superaba el 5%. Para que resultara razonable afirmar que el incremento de la desocupación (que en 1996 superó el 17%) se debía a una ola migratoria, el número de residentes extranjeros debería haberse triplicado en cinco años, lo cual es absurdo. Los estudios muestran que el impacto de los inmigrantes limítrofes en el mercado fue de hecho muy escaso. Se hicieron cálculos que indicaban que, considerando tasas de desocupación por encima del 12 y el

15%, la "expulsión" de todos y cada uno de los nuevos inmigrantes sólo lograría disminuirlas en un 1%.

Cuando aparecieron los datos del Censo Nacional de 2010, me llamaron desde alguna radio alarmados porque la inmigración limítrofe "creció un 20%". Claro, del 2,5% pasó al 3,1% o, si se quiere incluir a los ciudadanos del Perú, del 2,8% al 3,5%. ¡Algo a todas luces impresionante! En realidad, los sociólogos argentinos siempre manifestaron cierta desconfianza hacia los datos de los censos nacionales, en particular respecto de los inmigrantes limítrofes. Consideraban posible que hubiera más inmigrantes en el país de lo que los censos registraban, especialmente porque los inmigrantes sin documentos y sin derechos podían intentar esconderse de los censistas por temor al Estado. En cifras de estas dimensiones, podría concluirse que hubo un incremento de la presencia de extranjeros de países latinoamericanos o bien que hay un registro un poco más adecuado, por la simple razón de que hay más inmigrantes con los documentos en regla debido al plan Patria Grande. No se sabe a ciencia cierta, y esa dificultad no es exclusiva de la Argentina.

Ahora bien, sí ha habido tres cambios sociodemográficos relevantes. El primero es que la proporción de inmigrantes de países limítrofes sobre el total de extranjeros ha aumentado constantemente en las últimas décadas, por el simple hecho de que la proporción de europeos sobre el total tiende a descender. El segundo cambio es que los inmigrantes estaban históricamente asentados en zonas de frontera, territorios marginales del país. En las últimas décadas han tendido a desplazarse hacia los centros urbanos más importantes. Así, hacia los años ochenta y noventa el área de Buenos Aires concentraba la mayor proporción de inmigrantes limítrofes. El tercer cambio se refiere a cómo se distribuye por nacionalidad la cantidad de inmigrantes de países limítrofes y del Perú. La proporción de uruguayos y chilenos se reduce: los primeros pasan del 17 al 12% del total de inmigrantes limítrofes y del Perú; los segundos, de un 30 a un 21%. Por otra parte, la migración del Perú sí constituye un fenómeno reciente, que alcanza el 9%, mientras que la migración boliviana pasa del 18 al 23%.

Aunque estos motivos contribuyen a un proceso de creciente visibilidad de los inmigrantes limítrofes, de por sí son insuficientes para explicarlo. De hecho, si no hubiera cambios socioculturales más

profundos, esas mismas personas podrían continuar siendo consideradas "cabecitas negras" o "villeros", evidenciando el predominio de la tradicional discriminación de clase y racial por sobre la nueva discriminación étnica.



En la época de la Argentina integrada los inmigrantes se argentinizaban

Quando el Estado era activo y tenía verdaderas políticas de integración, los inmigrantes dejaban a un lado su cultura de origen y adoptaban la argentina.



Hay quienes sienten nostalgia de aquellas épocas de la asimilación compulsiva. Diversos estudios antropológicos han mostrado un fenómeno sobre el que no hay registro previo: la categoría de "boliviano" es utilizada comúnmente en varias ciudades del país para designar no sólo a las personas que nacieron en Bolivia, sino también a sus hijos. Sus hijos son legalmente argentinos, pero socialmente bolivianos. Algo muy similar ocurre en algunas zonas de la Patagonia con los niños argentinos hijos de padres chilenos. Las maestras de la escuela pública los consideran chilenos y ellos mismos, según Verónica Trpin, se identifican de ese modo. Esto tiene consecuencias muy relevantes en la visibilidad étnica. Implica que las posibilidades de que cada generación sea menos "tana" o "gallega" que la anterior, y más "argentina" —lo cual era tradicional en el país—, son menores para estos niños argentinos considerados extranjeros, que son interpelados a partir de las identificaciones estigmatizadas de sus padres. Evidentemente, esto permite leer de otra manera los datos censales. Porque si al 3% histórico de inmigrantes limítrofes se le agregan sus hijos argentinos que son considerados extranjeros es posible que el porcentaje se duplique.

A esto puede sumarse que, en ciertos contextos, los "negros" y los pobres tienden a ser considerados genéricamente como bolivianos. No es irrelevante que la hinchada de fútbol del equipo más popular del país sea llamada "boliviana" y "paraguaya" por sus principales adversarios. Si antes los bolivianos formaban parte de las clases po-

bres, y ahora a los pobres se los considera en ciertos contextos como bolivianos, no sólo puede entenderse por qué cada vez se percibe que hay más inmigrantes en la Argentina; también se entiende la rigurosidad de la metáfora: los excluidos son extranjerizados. La imaginación nacional del auge neoliberal desnacionaliza los efectos sociales del neoliberalismo.

Ahora ¿por qué la operación de "extranjerizar" hace que sean considerados bolivianos, y no chilenos, brasileños o uruguayos? En el imaginario nacional argentino, la presencia de personas que llegan desde el Altiplano (o sus descendientes) remite a una alteridad indígena. En ese sentido, comparados con los paraguayos o los chilenos (ni qué hablar con los uruguayos), los bolivianos son el grupo que ocupa el último lugar en los imaginarios de jerarquías étnicas de la Argentina. En ese sentido, identificar a los pobres como bolivianos (como suele hacerse en los cantos de la hinchada de fútbol) implica explicitar un nuevo tipo de distancia social y simbólica que se ha instituido en las relaciones entre grupos en la Argentina.

Hay otro cambio social muy relevante que se refiere al trabajo. Tradicionalmente, los inmigrantes de países limítrofes tendieron a ocupar "nichos" laborales en ciertas ocupaciones que los nativos no aceptaban. Así, la mayoría se inserta en la actividad de la construcción, el servicio doméstico, la industria de las confecciones y las explotaciones hortícolas, sectores en los que están sobrerrepresentados. La inmigración limítrofe contribuyó históricamente a superar el déficit de mano de obra no calificada que caracterizaba al mercado de trabajo argentino. En otras palabras, como sugiere Lelio Mármora, cumplió un papel complementario y no competitivo respecto de la mano de obra local.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando cambia completamente la situación del empleo en el país? Donde se decía que había habido un aumento sideral de la inmigración debería decir que hubo un aumento sideral de la desocupación. Lo que ha cambiado no es la cantidad de inmigrantes, sino el horizonte laboral de los argentinos. Los argentinos, que nunca habían aceptado trabajar en las condiciones que aceptaban los inmigrantes limítrofes, a fines de los noventa aceptaban trabajar en cualquier condición. Los nuevos procesos de exclusión social (con un notable incremento de la desocupación que agravaba la competencia laboral) convierten esos trabajos en una alternativa deseable para sectores que antes tenían una mejor posición.

En síntesis, *no es que los inmigrantes empezaran a competir con los argentinos por los puestos de trabajo, sino que eran los argentinos quienes empezaban a competir con los inmigrantes por los puestos de trabajo que tradicionalmente ocupaban los inmigrantes*. En otras palabras, lo que cambió no fue la inmigración: lo que cambió fue la Argentina. Cuando las consecuencias de ese cambio no eran todavía ideológica y culturalmente asumidas, se instituyó una nueva frontera: con los bolivianos, con los paraguayos, con los inmigrantes limítrofes.

Esa nueva frontera se basaba en la antigua distinción que decía que la Argentina no era Latinoamérica (es más: que la Argentina debía evitar la "latinoamericanización") y que, por lo tanto, entraba en contradicción con el supuesto gran proyecto del Mercosur y, después, de UNASUR.

Por otra parte, en los años noventa también se decía que los inmigrantes —o la "invasión"— producían un aumento de la delincuencia. El secretario de Migraciones, Hugo Franco, llegó a sostener que el delito se había "extranjerizado". Intencionalmente se confundieron las cifras de *detenidos* con las de *condenados*. Los detenidos son "sospechosos" de haber incurrido en algún delito, mientras que los condenados son aquellos cuya participación en el delito se ha comprobado. Las detenciones están en manos de las fuerzas policiales, en tanto que las condenas sólo pueden ser establecidas por el Poder Judicial. Mientras en las instituciones responsables predomine la idea de que "por ser inmigrantes son sospechosos", "por ser inmigrantes son delincuentes", su propio accionar distorsionará la situación real, aumentando las detenciones de inmigrantes limítrofes por "portación de cara" (esto es, por la asociación de ciertos rasgos físicos con la peligrosidad). Los datos indican que, cuando se analizan las condenas, el 90% de los inculcados son de nacionalidad argentina. Además, como mostró Mármora, la participación de los argentinos asciende proporcionalmente a la gravedad del delito. Por ejemplo, si se consideran los delitos con violencia, el porcentaje asciende casi al 95%. Y si se consideran delitos de gravedad económica (estafas, quiebras fraudulentas, extorsión), la participación de argentinos se acerca al 100%.

Ahora bien, estos discursos sociales tienen impacto sobre un importante sector de la población. En una encuesta en el Área Metropolitana de Buenos Aires realizada por el IDAES-UNSAM, se preguntaba al encuestado si preferiría que algunos grupos sociales no vivieran en su misma cuadra. El mayor nivel de rechazo correspondió a los travestis

y los homosexuales. Después, fueron señalados como vecinos poco deseables los bolivianos, los paraguayos y los peruanos. También se preguntó acerca de las personas con las que le gustaría que formara pareja su hijo. No sorprende que la mayoría prefiriera que sus hijos formaran pareja con personas de su mismo nivel social o de un nivel social más elevado. Pero es muy fuerte el hecho de que entre un 32% y un 33% no quisiera que sus hijos formaran parejas con personas de origen peruano, paraguayo o boliviano.

Estos datos estadísticos dan cuenta del conflicto que se desarrolla en las relaciones interculturales en la vida cotidiana. En el trabajo, en la calle, en los transportes públicos, los bolivianos perciben que "los miran mal" o directamente, los insultan. En las escuelas públicas de Buenos Aires, como mostró Liliana Sinisi, los docentes construyen estereotipos y estigmas en función de la procedencia étnica, nacional o de clase de sus alumnos. Los niños bolivianos o hijos de bolivianos son categorizados a la vez como "lentos, perezosos, callados", y positivamente como "humildes, respetuosos, tranquilos". Todo lo cual, en el contexto escolar, puede ser comprendido como "biografía social e intelectual anticipada" y como "profecía autocumplida". En otras palabras, al estigmatizarlos, los docentes afectan necesariamente el desempeño escolar de estos niños.

Por cierto, los discursos que ubican a los inmigrantes como "inferiores" y "peligrosos" son cuestionados por algunos académicos, organismos de derechos humanos y sectores religiosos. Además de las visiones universalistas de estos sectores, es relevante señalar que un sector del empresariado valora especialmente el trabajo de los bolivianos, debido a su empeño, la cantidad de horas que están dispuestos a trabajar y su bajo nivel de conflictividad. Esto explica que en ciertos contextos, como en la industria de confecciones o en la horticultura, sean trabajadores buscados.

En términos generales, puede afirmarse que el desarrollo de las manifestaciones y acciones xenófobas en la Argentina no alcanzó la intensidad de otros países, en especial de algunos europeos. Aunque hubo y hay situaciones de exclusión e incluso de violencia física, no llegó a surgir un movimiento general organizado contra los inmigrantes.

Cabe preguntarse acerca de las consecuencias sociales que podrían tener acuerdos como Mercosur y UNASUR. Si la Ley de Migraciones de la Argentina de 2004, que considera a la inmigración

como un derecho humano, y el plan de documentación Patria Grande se hubieran promulgado en Suecia o Noruega, tendríamos muchísimos estimados amigos llorando porque en la Argentina es imposible hacer una ley tan incluyente como en los países serios. La pregunta que cabe hacerse es la siguiente: ¿por qué en los Estados Unidos es imposible hacer una ley parecida a la nuestra? Cuando el pintor uruguayo Torres García inventó la América invertida no estaba loco. Pero todavía no fue cabalmente comprendido.

« Los argentinos descendemos de los barcos

Así como los mexicanos descienden de los aztecas y los peruanos de los incas, los argentinos somos hijos de los inmigrantes que cruzaron el mar. »

La historia de Perú y México es bastante más complicada, por supuesto, que la idea de que sus habitantes descienden de las civilizaciones que existían en esos territorios cuando llegaron los españoles. Si bien es cierto que en el Río de la Plata no había civilizaciones equivalentes, no obstante existían diversos grupos indígenas. Este dato puede constatarse no sólo arqueológicamente, sino también por el célebre libro de Ulrico Schmidl *Viaje al Río de la Plata*, y asimismo por el destino poco feliz, por decirlo suavemente, de Pedro de Mendoza y su expedición.

El mito también dice que el "desierto" fue conquistado. No lo habitaba nadie (es decir, los pueblos originarios serían "nadie") o, como los mataron a todos, no quedó nadie. En cualquiera de esos casos, ahora ese territorio está habitado por población oriunda del viejo continente o por sus descendientes.

Si fuera cierto que "los argentinos descendemos de los barcos", una gran parte de la población del país no sería argentina: ese 56% que señaló Daniel Corach (véase "Un país sin indios" en la página 92). Una porción muy significativa de argentinos es "mezclada". En otros imaginarios nacionales latinoamericanos, muchos de ellos son considerados "mestizos de indios" y constituyen un ejemplo paradigmático de la mezcla originaria de la nación.

En la Argentina esa población no se considera "mestiza". Hace pocos años, comenzó a hacerse más extendido el uso del término "pueblos originarios". La alternativa es incorporar a esta población plenamente y considerarla "blanca", "blanquearla". La gran mayoría sigue siendo tildada de "cabecita negra" o de alguna de las variantes que aparecieron posteriormente, entre las que se destaca como alternativa la "bolivianización". O sea, el considerarlos extranjeros.

El laberinto de las identidades habilitadas en la Argentina nos conduce en varias direcciones, pero la puerta "mestizo", la puerta de la mezcla entre europeos e indígenas, continúa cerrada. Conviene reflexionar acerca de esa obturación. El "crisol", la mezcla en sí, no está prohibida. Por el contrario, es la matriz del relato nacional del "crisol de razas". Pero en ese crisol algunos pueden entrar y otros quedan afuera.

« Somos un crisol de razas

Somos la mezcla de muchas "razas": la raza española, la italiana, la polaca, la rusa ... »

Durante la mayor parte del siglo XX, se enseñó en las escuelas argentinas un relato que afirmaba que la población del país era el resultado de un "crisol de razas". Periodistas e intelectuales repetían la frase. Como afirma Ezequiel Adamovsky,

por la época del Centenario se creó otro de los grandes mitos de la historia argentina: el del "crisol de razas". La imagen sugería que todos los grupos étnicos que habitaban la Argentina, viejos y nuevos, se habían ya fusionado perfectamente y habían generado una "raza argentina" más o menos homogénea. [...] Se argumentaba que todas las razas se habían fundido en una sola, pero al mismo tiempo se sostenía que esa fusión había dado como resultado una nueva que era, básicamente, blanco-europea. [...] Los principales trabajos de "especialistas" sobre la formación de la sociedad argentina han repetido esta idea según la

cual se trata de un país básicamente blanco y formado por inmigrantes europeos. [...] Incluso los censos han sido diseñados de modo que minimizan el peso de otros grupos étnicos. También la literatura y el teatro contribuyeron a difundir, desde fines del siglo XIX, esta imagen idealizada de la integración y fusión de todas las razas.

En otros países, como Brasil, también se habla de mezcla racial. Pero, mientras en el imaginario brasileño las "razas" que se entrecruzaron fueron los blancos, los indígenas y los afrodescendientes, en la Argentina esas "mezclas" fueron borrándose hasta que la idea de "razas" quedó reducida solamente a las europeas: la raza española, polaca, italiana. Un mosaico muy curioso.

Los argentinos, según ese relato, descenderíamos de los barcos. Carecemos de sangre indígena. Ese régimen de invisibilización de la diversidad explica que, cuando un historiador afirma que el general San Martín fue hijo de una india guaraní, se genere un escándalo. Escuché la versión de la madre indígena de San Martín en la costa correntina del río Uruguay a fines de los años noventa. Mientras que, para algunos miembros de instituciones dedicadas a velar por la figura de los héroes de la patria, esa sola mención evidenciaba una intención de socavar la verdad histórica y las bases de la nación, para los humildes maestros de la costa del Uruguay siempre significó, por el contrario, un ejemplo de cuán unidas estaban esas poblaciones de frontera a la Argentina. No sólo San Martín había nacido por esos pagos, sino que también, como ellos mismos, era el resultado de un encuentro entre indios y españoles.

Las versiones populares de una nacionalidad cruzada por lo indígena (muy fuertes en algunas provincias) permanecieron ocultas por la hegemonía aplastante de la concepción porteña que postula que los argentinos descienden de los barcos. Ese relato mítico acerca de la homogeneidad cultural argentina fue eficaz: implicó que la etnicidad no se constituyera en un eje del conflicto social, como sucedió en otros países.

En la Argentina hubo, como señala Rita Segato, un proceso de desetnización por el cual "la nación se construyó instituyéndose como la gran antagonista de las minorías". Las personas étnicamente marcadas fueron presionadas por el Estado "para desplazarse de

sus categorías de origen y, solamente entonces, poder ejercer confortablemente la ciudadanía plena". El uniforme blanco en el colegio, la exclusión de las lenguas indígenas de la educación pública, el servicio militar obligatorio y la restricción de nombres de pila considerados extranjeros fueron antidotos contra el cosmopolitismo.

En el mediano y largo plazo la tendencia fue una creciente demarcación étnica entre generaciones. Esa desetnización se vinculó a la promesa de cierta igualdad, siempre sobre la base de aceptar parámetros culturales definidos como "argentinos".

La presión del Estado nacional para que la nación se comportara como una unidad étnica, junto a su efectiva capacidad de inclusión social, conllevó que toda diferenciación o particularidad fuera percibida como negativa o, directamente, resultara invisibilizada.

La sangre determina la cultura

Las creencias, los valores, las cualidades morales e intelectuales se heredan genéticamente. Los argentinos de pura cepa son blancos y hablan de cierto modo sobre los colores de piel.

¿Usted es blanco, es negro, es amarillo? Tome un papel de cualquiera de esos colores y colóquese frente al espejo. Verá que realmente no hay seres humanos que se correspondan con ellos. Nuestras pieles tienen tonalidades. Un término que describe una tonalidad "intermedia" es mulato. La palabra pretende describir un contenido sanguíneo, pero en realidad es un modo de clasificar en nuestro lenguaje un hecho ambiguo. Imagine un país con mucha población mulata. Ahora imagine que en ese país no existe el término "mulato" y que toda esa gente es considerada "negra". Ese país existe: hace más de dos siglos se lo llama los Estados Unidos de América. En el siglo XIX hubo numerosos casos judiciales vinculados a la sangre: el hijo que tuvo un dueño de esclavos con una esclava, ¿merece heredar las propiedades de su progenitor? La respuesta fue clara y contundente: de ninguna manera, puesto que al tener "una sola gota de sangre negra" la persona es necesariamente negra. La "gota

de sangre" es una expresión vigente hoy en los Estados Unidos. De hecho, ellos consideran que tienen un presidente negro, cuando, por ejemplo para los brasileños, Obama sería sin dudas un mulato. Pero como en los Estados Unidos no hay mulatos en el lenguaje ordinario, Obama jamás podría serlo.

La sangre, claro está, establece filiación, permite distinguir —por ejemplo— niños adoptados de hijos apropiados. En la sangre hay una verdad irreductible. Al mismo tiempo, la lengua, los dioses, los animales que está prohibido comer, o el sentimiento de pertenencia, la educación y la moral, no se transmiten por la sangre. Hay otras verdades, irreductibles a la sangre. Pero rojo/negro/blanco/amarillo son denominaciones que, aunque no son sanguíneas, se presentan como si lo fueran. Las personas *son negras*, reza el mito; no es que nosotros las veamos o las nombremos de ese modo. Se trata de un truquito, pero uno que tiene una potencia política imposible de exagerar.

También las sangres pueden proyectarse y diseñarse para construir la nación. Los proyectos de blanqueamiento o de mestizaje, las soluciones finales, las limpiezas étnicas, los debates latinoamericanos sobre lo positivo o lo negativo de la mezcla racial: la sangre imaginada como garantía de todas las herencias futuras, de todas las condiciones humanas. O sea, los colores de piel, los rasgos corporales implicados en la sangre como arena decisiva de luchas políticas.

Mejor no preguntar por la coincidencia entre niveles de vida y colores de piel en el mundo del siglo XXI. La estadística indica que es muy poderosa. También el valor de la vida humana es asombrosamente desigual entre los pigmentos. Cuando murió Steve Jobs, circuló un chiste con dos imágenes: la manzana mordida y África. "Uno muere, todos lloran; millones mueren, nadie llora". No es casual que un terremoto produzca 200 000 muertos en Haití, y otro terremoto de escala similar, 1000 muertos en Chile o cifras comparativamente bajas en otros países. La coincidencia entre la calidad de vida y el color de piel se constata en episodios como Katrina en Nueva Orleans o en cualquier fotografía de África subsahariana.

Los argentinos tenemos nuestras propias maquinaciones sanguíneas. País soñado, deseado, proyectado, diseñado como blanco. Un enclave austral de Europa. Europa era en realidad la península atlántica de Asia. Y el enclave era un país heterogéneo en pigmentos y en culturas. Pero el mito operaba: "gobernar es poblar". Poblar el desierto: un país de inmigración para transplantar la civilización a

estas tierras. Sobre tierra arrasada, transfusión de sangres. El blanqueamiento parecía una hemorragia planificada.

Argentino significaba porteño, y el porteño se consolidaba como blanco. El resto, si lo había, sólo podía ser "civilizado" o aniquilado. Nada de mezclar sangres. Nuestro crisol combina razas inventadas por nosotros: la raza polaca, la española, la italiana y tantas otras, siempre de la península asiática.

No es que fueran imposibles las pieles mestizas en la elite; lo imposible —aquí— era que fueran vistas como mestizas. Al ingresar en los círculos, al colocarse las vestimentas adecuadas, se blanqueaban. No todos los "blancos" eran blancos, pero es así como funciona: las sangres son materiales sobre los cuales la historia, los conflictos y la política fabrican significaciones, clasificaciones y poderes. Allí lo cultural domina sobre lo biológico, y un mezclado puede ser un puro. Los ciudadanos no tienen por qué ser buenos biólogos: miran desde ciertas matrices perceptivas, como les han enseñado. No se ven los rasgos mezclados en algunos presidentes, en algunos miembros de la elite. Porque "blanco" no es una noción biológica. Es más sencillo: simplemente significa que es uno de los nuestros. En estas tierras, menos aún lo es el término "negro", que paradójicamente condensa tanto las polisemias como las clausuras semióticas.

Para horror de los hablantes de lenguas en las que la palabra "negro" sólo admite el valor de estigma, en la Argentina puede ser invocada como categoría de afectividad. Desde la expresión *cómo andás, negro* hasta *la negra Sosa*, hay una serie de usos que, en el país que se proclama *sin negros*, producen un efecto de cercanía. Tenemos tanto afecto por los negros que, dada su ausencia, nos decimos así los unos a los otros, blanquitos todos. Esta apelación convive con otra serie, la más conocida y discutida, vinculada al racismo constitutivo de la bombonera de los "cabecitas negras". Los cabecitas: ¿masculino o femenino?

Negro de alma: postulaciones de que algo se porta en la sangre incluso si las pieles no son negras ni mezcladas. *Cabecita negra, negro de mierda, negrada*: el alma está en la cabeza, la cabeza en el cabello, el cabello en la condición social.

Los sanguíneamente nominados constituyen universos mutuamente incomprensibles, cuyas lógicas y motivaciones resultan de una ajenidad que ni siquiera se reconoce. Así fue en innumerables episodios del pasado, y la sangre parece perpetuar a través de las

generaciones la herencia de un salto de significación. Ese hueco no es ácido nucleico: es un significante sedimentado.

Nuestros negros, *los cabeza*, *los de alma*, no vinieron de África. Hay otros, sí, afro o mulatos, muy invisibilizados también. Y hay otros afro, más nuevos por aquí, recorriendo y conociendo las calles de nuestras ciudades o las arenas de nuestras playas. Cuando el ojo entrenado en esta historia se posa en esos cuerpos, "negro" adquiere otro sentido. O "negra", término cargado de fantasías eróticas en los imaginarios raciales locales de carácter masculino. En la serie televisiva *El hombre de tu vida*, el personaje interpretado por Guillermo Francella debía seducir a una mujer paraguaya y no conseguía hacerlo. El personaje de Mercedes Morán protestaba ante esa dificultad: "Claro, a vos te molesta que sea negra; no, si fuerá negra te volverías loco; a vos te molesta que sea marrón".

Ahora, los marrones, que son los otros negros, los de pelo negro, los pobres, los trabajadores, incluso si ganan sueldos altos, tienen otras ascendencias, casi siempre mezcladas, que algunos quisieron pero nunca pudieron extirpar. El hiato de significación entre esos mundos es una frontera de la comprensión que nos constituye como país escindido.

Gila

MITOS DE LA UNIDAD CULTURAL DE LA ARGENTINA

